

zon, se subleva contra ella y la subyuga; es porque la separacion y alejamiento le colocarian en una vida mas amarga y mas insoportable: es, en una palabra, porque sumando y restando, que es á lo que se reducen casi todas las situaciones y nuestra resolucion en ellas, se encuentra todavía un bien, ó al menos un dolor menor en esta lenta y dolorosa agonía. Por nosotros y no por los demas, nos sometemos á esta situacion de prueba y de martirio.

Cuando el corazon es bueno, cuando sus aspiraciones y sus arranques son nobles y generosos, de este *yo*, punto generador de las acciones, resulta un bien para la humanidad, porque el movimiento es de expansion, va del centro á la circunferencia, y el hombre procura, para satisfacer sus tendencias bienhechoras, derramar en los demas su afecto y sus beneficios; pero cuando el corazon es perverso ó está petrificado, el *yo* que domina en todo, produce un daño positivo á cuantos con él se ponen en contacto, porque el movimiento es de contraccion, va de la circunferencia al centro, y solo se mira á los hombres, como elementos de que el egoismo de mal género se sirve en sus cálculos frios ó feroces. La bondad, pues, ó la perversidad del corazon, debida á la índole de cada uno, á su educacion ó á sus hábitos, es la que determina la marcha de cada individualidad, y la que le hace seguir una ú otra direccion en el camino de la vida.

Si el secreto, pues, en estos fenómenos de nuestra existencia, está radicalmente en el *yo*, á pesar de las trasformaciones que puede admitir en sus varios rumbos y afectos, por el *yo* deberemos atacar al corazon, cuando queramos dominarlo y atraerlo á nuestros fines como impelido por un poder magnético.

El corazon se mueve siempre por comparaciones actuales, ó por impulsos debidos en su origen á comparaciones antiguas. Compadecemos á los desgraciados, porque nosotros lo hemos sido ó podemos serlo en lo sucesivo, y querríamos que en ese caso se nos compadeciera. Ese lazo simpático que une á la humanidad, se explica principalmente por este sentimiento; y en tal observacion se funda el dicho antiguo de "*homo sum, nihil humanum á me alienum puto.*"

La justicia es generalmente apetecida y acatada, porque se la mira como la divinidad protectora que vela en torno nuestro por nuestra seguridad; y la benevolencia, esta disposicion de adhesion é interés por los demas hombres, produce en nosotros una impresion grata é intensa, porque nos representa el bien que hoy se hace á unos, que mañana se dispensará á otros, y que tal vez un dia pudiera recaer en nosotros mismos. Siempre nuestras ideas van acompañadas del presentimiento de este comercio; el bien y el mal se miran como comunicables, y esta mancomunidad de posibilidad, al menos, prepara y dirige nuestros juicios y nuestros corazones.

Pues bien: hablemos con calor en favor de la justicia, y de todo lo que defiende, protege y consuela á la humanidad, y estemos seguros de que nuestras palabras encontrarán eco en cuantos nos escuchen. Exceptuamos á los malvados, que no pueden querer la justicia que les amenaza, ni la felicidad de los otros de que son enemigos. Fuera de estos, el sentimiento de lo justo y de la benevolencia está grabado por la mano de Dios, por medio de este encadenamiento, en la conciencia humana, y responde á nuestra voz siempre que se le invoca. Tales son los misterios del corazon y de su sensibilidad.

Esta última, que es tal vez el mayor enigma de la naturaleza, y cuyos resultados podemos apreciar sin conocer jamás la índole de su causa, ni su mecanismo; que es propiamente la vida; que acaso es algo más que la vida, porque según la opinión de algunos, y las observaciones, puede durar instantes después que la llama vital se ha apagado y extinguido, es el origen de las emociones, y á ella deben dirigirse en la parte de afectos, todos los esfuerzos del orador.

La sensibilidad es, por lo comun, mayor en la muger que en el hombre, porque su organización es más propia, más fina y adecuada, y según el célebre Cabanis, los fenómenos físicos y los morales, se confunden en su raíz, y caminan siempre en íntima relación.

Los jóvenes son también generalmente más sensibles que los viejos. La juventud, esa edad rica de esperanzas y de inocencia, en que todavía no se conoce el mundo como es; en que se ve por un prisma encantado; en que las impresiones penetran hasta el corazón, y allí se graban con caracteres de fuego; en que nos afecta todo, por todo se llora, y se encuentra al llorar, un placer que participa á la vez, de la pena y del consuelo; esa edad ciega, confiada, crédula, inexperta, es la más á propósito para sentir emociones vivas y profundas. El corazón del hombre se parece á la corteza del árbol. Delgada, tersa y tierna al principio, recibe todas las inscripciones y todas las figuras que la mano de un niño intenta en ella grabar: el tiempo la arruga y la endurece después, y apenas puede abrirle señal el primer golpe del hacha. Tal vez hay otra causa todavía más triste. El hombre, á cierta edad, necesita toda su sensibilidad para sí, porque ve huir la vida y los placeres, y puede dar menos á los otros. De cualquier modo, en la juventud

todos somos sensibles; el mundo, la edad y la experiencia, petrifican los corazones. Ellos nos dan cierta dureza con sus lecciones terribles, y ellos son los que nos hacen desgraciados; porque la mayor de todas las desgracias es ciertamente la de no poder llorar. El corazón es una planta, y sin este rocío bienhechor, se seca y perece.

¿Mas qué amarga alternativa! ¿Hay un corazón sensible? ¡Compadezcámoslo, porque las penas lo quebrantarán, y sufrirá hasta en sus idealidades y en sus quimeras. ¿Existe otro corazón duro é insensible? ¡Compadezcámoslo también, porque asistirá á la escena del mundo, como las figuras pintadas de los bastidores, sin aplaudir ni silbar, sin llorar y sin estremecerse, sin sentir jamás una emoción dulce y consoladora. De esta dureza de alma, á no tenerla, hay poca diferencia; de este temple de vida, á la muerte, apenas hay distancia alguna.

Si, pues, la sensibilidad es el fundamento y manantial de la elocuencia patética, inútil será que el orador pretenda desarrollarla, si él no siente, ni se ve en aquel instante conmovido. En el raciocinio podemos encontrar ideas y argumentos, buscándolos con perseverancia por los caminos de la indagación y de las inducciones; pero los movimientos del corazón son espontáneos, y no se llaman, sino que ellos se presentan. Sin sensibilidad, no puede haber verdadero orador. El que falto de esta cualidad, á la vez feliz y funesta, quiera mezclarse en las luchas de la palabra, podrá convencer con sus razones, podrá tal vez deleitar con sus figuras y giros, pero no alcanzará nunca á inflamar á sus oyentes, á conmoverlos con su voz, ni á estremecer su alma con las sorprendentes emociones de la agitación y del entusiasmo.

¿Y qué reglas deberán seguirse para producir una excitacion viva, intensa y permanente? Los autores han escrito mucho sobre esta materia, y nosotros ceñiremos sus observaciones á lo mas interesante y preciso.

Es una verdad, que el alma permanece en su habitua estado de indiferencia y calma, mientras una excitacion enérgica y poderosa no la sacude y saca de aquella tranquila apatía. Pero no basta hacer llamada á los afectos; es indispensable que se haga con oportunidad, y en la forma mas á propósito, y para ello deben servir los preceptos que la oratoria ha establecido, fundada en la observacion.

La primera regla es, que se intente solo producir la emocion sobre asunto que de ella sea susceptible. La naturaleza, en esta parte, no puede ser nunca forzada. Inútil será que se procure causar un sentimiento sério y profundo, si la materia es de índole muy diversa, ó si por su pequeñez é insignificancia, ni inspira interés, ni se presta á las grandes formas. Entonces los esfuerzos del orador serán, no solo infructuosos, sino hasta ridículos. Que no se olvide esta importante advertencia. En otra parte dijimos que en el orador, á diferencia del poeta, cabe la medianía, y que en su carrera puede quedar sin rubor, á cierta distancia del término. Pero las verdades no son absolutas, y siempre tienen su lado excepcional. En el periodo patético de un discurso, no cabe medianía alguna en los resultados. O se produce la emocion, y el orador consigue su objeto, ó escolla en sus conatos, y pasa por la vergüenza del ridículo. Esta observacion debe tenerse muy presente, para no poner en juego la parte de afectos donde no tenga natural y óbvia cabida. No hay nada tan risible, como querer dar proporciones y estatura de gigante, á lo que solo las tiene de pigmeo.

Tambien han dicho los autores, que la emocion ha de tener un principio cierto, probado y grave. Sin esto, todo el trabajo pesará sobre el vacío, y no podrá causar se emocion, porque la razon no está convencida, ó la materia no tendrá aquella solemnidad que sirve de base y de excitacion á los grandes afectos. Estos no recaen nunca, ni sobre cosas fútiles, ni sobre cosas improbadas é inverosímiles. La conviccion, la fijeza y el interés, son siempre el origen y el pábulo de estos giros elevados, y de estas conmociones vivas y penetrantes.

Otra regla es, que se use del patético siempre con naturalidad, y nunca con exageracion. Cuando el sentimiento se fuerza, descubre su marca de arrastrado y violento, la lleva consigo, y la imprime en los que escuchan. La afectacion no da otro resultado, que el de la risa, y afectacion es todo lo que no es sencillo y natural. Pero aunque lo sea el sentimiento, puede exagerarse; y cuando así sucede, deja de serlo en todo lo que excede á las debidas y justas proporciones. Entonces se quiere agrandar la figura, sin regla ni medida, y solo se producen mōnstruos.

Sobre todo, cuídese en la pasion de no prodigar adornos, porque es como las mugeres, cuya hermosura arrastra por sí sola, que pierde cuando se la envuelve en pesados y confusos atavíos. La pasion ha de herir con la rapidez de la flecha, y esta no caminaria tan veloz ni tan suelta, si se la embutiera en otros objetos, aunque fueran graciosos y brillantes, con el designio de darle belleza á la vista. Todo adorno en una palabra de fuego, entibia éste en el orador y en el corazon de su auditorio.

La pasion no tiene, ciertamente, en el discurso, un lugar señalado y exclusivo, fuera del cual deba suponerse extravagantemente colocado. Debe usarse en todos

los parages en que cuadre bien, y sea reclamada con interés y naturalidad; pero la peroracion es su lugar de preferencia; en ella debe ostentarse en todo su poder, aparecer con toda su fuerza, y reunir como en un foco, las mas grandes imágenes y los mas vehementes afectos.

Mas cuídese mucho de no insistir demasiado en el patético. La excitacion que produce es violenta, y todo lo que es violento, se sostiene por poco tiempo; porque solo las situaciones tranquilas y normales, son permanentes. Sobre esto debe decirse en proporcionada escala, lo que antes dijimos del sublime. El corazon sufre y goza á la vez, en sus apasionados arranques, y ni el sufrimiento ni el placer se pueden prolongar, sin que se debiliten. Cuando se insiste demasiado en la pasion, se cae bien pronto en el cansancio. El corazon se emboita y adormece, y echa fuera de sí todo lo que no puede ya contener. Nada hay inmenso en el mundo. Las cosas tienen su medida, su cabida dada, y en llenándose esta, todo lo demas rebosa y se pierde. El orador necesita acaso mas, saber cuándo ha de callar, y lo que ha de callar, que lo que ha de decir y cómo lo ha de decir. Si un momento menos puede dejar incompleto un discurso, un momento mas puede desvirtuarlo y destruir todo su efecto. No insistir, pues, con pesadez en el patético; su impresion es casi siempre fugaz, y por eso se ha dicho sin duda, que nada se seca tan pronto como las lágrimas.

El orador, cuando se propone hacer sentir á los demas, es necesario, no solo que él sienta, sino tambien que presente en su exterior muestras de su sentimiento. Aunque se nos digan las cosas mas tristes y lamentables, si se nos dirigen con un semblante alegre ó sereno, con acento sosegado, y con ademanes sin viveza y sin

expresion, lo oiremos sin afectarnos, porque la impresion de la palabra se borra ó debilita por la de la accion. Estas son dos aliadas que alcanzan una fuerza inmensa cuando pelean unidas; pero que recíprocamente se destruyen cuando se baten separadas sin correspondencia ni armonía. En esta observacion está fundado el—*“si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi.”*—

Hasta tal punto llevaban los antiguos la observancia de esta regla, que Ciceron queria que el abogado llorase en determinados casos. No condenaremos nosotros absolutamente este consejo; pero sí diremos que no debe usarse, sino cuando el orador no lo pueda evitar, que será la prueba mas segura de que es natural el llanto, y de que se logrará con él excitar la simpatía. El abogado no es el actor, que en la escena puede y debe realzar los afectos, porque se coloca en lugar de los héroes ó personas á quienes representa. Necesita en todo, mucho tino, mucho pulso, y suma circunspeccion. Que no lloré nunca por cálculo, como medio previsto y ensayado, porque se trasluirá su ficcion, y enfriará en vez de conmover; pero que derrame lágrimas cuando se agolpan á sus ojos por un movimiento espontáneo é irresistible, en la conmocion que le produzca el cuadro que está trazando, y entonces que esté seguro de que no permanecerán enjutos los ojos de sus oyentes. No hay nada tan contagioso como las lágrimas, cuando se conoce que salen de las profundidades del corazon y de sus senos misteriosos.

En el patético debe cuidarse mucho de que la locucion sea grata al oido. Para esto se necesita, no solo que la diction sea escogida, sino que se combinen de la manera mas proporcionada, las frases, las palabras y hasta las letras. Esto es lo que se llama número oratorio, y pro-

duce siempre un efecto maravilloso. Mas esta perfeccion debe ser la conquista de anteriores trabajos y del hábito que por ellos se alcanza, y no el resultado de la atencion y fatigas del momento. Si se traslucen estas, todo el efecto desaparece. No importa que alguna vez se incurra en el desórden de las ideas. El método y correcta formacion de éstas, es el mérito de la parte de prueba, en que no habiéndose excitado todavía la pasion, y hablándose con calma y serenidad, no es disimulable la inversion del órden mas conforme y riguroso. La peroracion, por el contrario, es el desbordamiento del calor oratorio, y éste arroja lejos de sí el compás para servirse solo de sus alas.

Diremos para concluir por ahora esta leccion, que todo, en una defensa, se reduce principalmente á argumentos de razon, y á excitacion de afectos. Los primeros se dirigen al entendimiento, y tienen su lugar en la parte de prueba: la segunda se encamina al sentimiento, y tiene su sitio en la peroracion. Que procure con esmero el abogado, llenar cumplidamente ambas partes, y podrá entregarse á la consoladora confianza de conseguir su fin, y á la dulce conviccion de haber cumplido con su deber. Lo demas no depende de nosotros, ni pesa sobre nuestras conciencias.



## LECCION XXI.

Continuacion de la precedente.

### EPÍLOGO.

MUCHOS han confundido el epílogo con la parte de afectos, y sin embargo, son cosas muy diversas, separadas por una línea que no se puede equivocar. El epílogo se refiere á la demostracion antes hecha, á las ideas en ella presentadas; y la peroracion al sentimiento que se procura excitar despues de concluido aquel trabajo. El epílogo repite, la peroracion sólo desflora: aquel habla al entendimiento, esta á la pasion. Ni en su índole, pues, ni en su causa, ni en sus efectos, tienen nada de comun.

Segun las reglas que dejamos establecidas, podia tenerse el epílogo como un defecto, puesto que hemos dicho que deben evitarse las repeticiones, y el epílogo no es mas que una repeticion. No obstante, lo miramos como útil en ocasiones, y lo admitimos, fundados en otro principio.